

Parashat

Ki Tisá

• 21 •

ט"ו אדר תשפ"ה

י"ז ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הרה"צ

רבי גמליאל הכהן

רבינוביץ שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

“Pero Mis Shabatot guardarán”

Imaginense la siguiente escena: en el centro del *shtiblaj** principal, un joven estudioso de Torá se encuentra de pie, con el oído atento en todas direcciones, por si acaso de algún lado surge la voz de un *Kadish* o una *Kedushá*. Este joven había tomado la resolución de que cumpliría la *mitzvá* de responder al *Kadish*, la *Kedushá* o *Barejú*, de modo que, cuando escucha lo que busca, corre con todas sus fuerzas en la dirección de donde proviene el sonido. Solo que en su camino, derriba varios atriles y mesas llenas de libros, empuja a algunos ancianos y hace tropezar a unos cuantos niños pequeños, todo con tal de no perderse el *Kadish*, la *Kedushá* o el *Barejú*... No te asombres cuando te diga que este personaje somos nosotros. Si bien la descripción es extrema, todos actuamos de manera similar: cuando nos sumergimos en una *mitzvá*, en el proceso, pisoteamos y anulamos las otras 612. Por ejemplo, un hombre decide dedicar todos sus días al estudio de la Torá y, por ello, no reza como corresponde, se abstiene de hacer favores a los demás o incluso de ayudar a su propia familia, alegando que sería una interrupción del estudio. Y lo mismo ocurre en otro aspecto de las *mitzvot*: alguien decide consagrarse con todo su cuerpo y dinero a la bondad, pero en el camino olvida rezar y estudiar... Y así con cualquier *mitzvá*.

Hashem le dijo a Moshé Rabenu: “Pero Mis Shabatot guardarán”, sobre lo que Rashí explica: “A pesar de que estén afanados y apresurados en la construcción del *Mishcán* (Santuario), el *Shabat* no debe ser desplazado por ello”. Es decir, aunque haya en este momento una *mitzvá* importante que Hashem nos ordenó realizar, incluso si tiene máxima prioridad, de todas maneras, la construcción del *Mishcán* no desplaza el *Shabat*. De igual modo, quien está ocupado en una *mitzvá* no está exento del cumplimiento de las demás (excepto aquellas para las que está explícitamente establecido que eximen del resto).

El Jazón Ish, *zal*, escribió que sus maestros le enseñaron que *para cada asunto hay que consultar los cuatro tomos del Shulján Aruj*. Ciertamente, es algo bueno que una persona adopte una *mitzvá* como “su *mitzvá*”, aquella en la que pone especial énfasis más que en cualquier otra. Hemos oído sobre grandes Sabios de Israel que se consagraron a una *mitzvá* en particular: uno se entregó por completo al estudio de la Torá, otro se dedicó con devoción a la oración, y otro se consagró especialmente al rescate de cautivos. Pero nos queda claro que esto no fue a expensas del resto de las *mitzvot*.

Por lo tanto, aseguremonos de que nuestra recompensa no se convierta en pérdida. Cuando asumamos sobre nosotros alguna *mitzvá* o una buena costumbre, que no sea a costa de ninguna otra *mitzvá*.

(Basado en Tiv HaTorá, Parashat Ki Tisá)

*Recinto con varias salas en donde se realizan diversos *minianim* consecutivos en las diferentes *tefilot* del día, uno detrás del otro.

La preservación de las costumbres ancestrales

“Pronto se desviaron del camino que les ordené; se hicieron un becerro de fundición...” (Shemot 32:8).

Es bien conocido el mensaje insinuado en este versículo: cuando una persona apenas se desvía ligeramente “del camino que les ordené”, su desenlace será rápidamente la fabricación de un becerro de fundición y la idolatría, ¡Dios nos libre!

Así explicó nuestro maestro, el Báal Shem Tov Hakadosh, sobre el versículo que repetimos cada mañana y cada noche con amor en el *Shemá* (Devarim 11:16): “Cuidense, no sea que su corazón se seduzca y se desvíen, y sirvan a otros dioses y se inclinen ante ellos”. Su fiel discípulo lo recoge en el libro *Meor Enaim* (al inicio de la parashá de Shemot, al final de la parashá de Vayigash y en la parashá de Reé, en los agregados): “El Báal Shem Tov solía decir con frecuencia, sobre el versículo «y se desvíen y sirvan a otros dioses», que la interpretación es que en cuanto uno se desvía de Hashem, inmediatamente termina sirviendo a otros dioses”.

La menor desviación, incluso en la modificación de una costumbre ancestral, es ya el inicio de una ruptura en el yugo del Reino Celestial, cuyo desenlace y consecuencias son impredecibles. Esto está explícito en la *Guemará* (Shabat 105b): “Así es el proceder del Yétzer Hará (la Inclinación al Mal): hoy le dice [a la persona] «Haz esto», mañana le dice «Haz esto otro», hasta que finalmente le dice «Ve y adora ídolos», y él va y lo hace”.

El menosprecio y la falta de meticulosidad en valorar y apreciar las costumbres de nuestros ancestros son la raíz de todo pecado y el inicio de toda caída y decadencia.

Así lo expresan las luminosas palabras de Rashí sobre el versículo de *Shir Hashirim* (1:8): “Si no lo sabes, oh la más hermosa de las mujeres, sal tras las huellas del rebaño,

y apacienta a tus cabritas junto a las moradas de los pastores”.

Rashí explica la frase “sal tras las huellas del rebaño”: “Observa las pisadas del camino por donde ha ido el rebaño, y las huellas serán evidentes”. Es decir, los corderos jóvenes, cuando no saben el camino, pisan y caminan sobre las mismas huellas que dejaron sus antepasados y ancestros en el suelo, y así logran orientarse.

Luego, Rashí continúa explicando: “Esta es una analogía; Hashem le dice a la congregación de Israel: «Si no sabes, oh Mi congregación y Mi asamblea, la más hermosa entre las naciones, cómo debes comportarte y salvarte de los opresores que te rodean, para que tus hijos no se pierdan entre ellos, reflexiona sobre los caminos de tus primeros antepasados, que aceptaron Mi Torá y cumplieron Mis preceptos, y sigue sus pasos. Y como recompensa por ello, apacientarás a tus cabritas entre los líderes de las naciones»”. Y así dijo Yirmeiahu (Yirmeiahu 31:20): “Coloca señales para ti, presta atención al sendero, etc.”.

De esto aprendemos la obligación de seguir con fidelidad los senderos y costumbres de “las huellas del rebaño”, los pasos que caminaron nuestros ancestros, de bendita memoria.

El ejemplo lo fija uno mismo para las generaciones

Un episodio que ejemplifica esta máxima ocurrió con Rabenu, el autor del *Divré Jaím* de Sanz, en el último año de su vida en este mundo. En vísperas de Pésaj del año 5636 (1876), diez días antes de su fallecimiento y ascensión a la *yeshivá shel máala* (ya que falleció el 25 de nisán de 5636 – 19 de abril de 1876), ya estaba postrado en su lecho de enfermedad, con un padecimiento que se agravaba cada vez más. En todas las comunidades judías se elevaron súplicas al Cielo implorando por su recuperación.

Cuando llegó la que sería la última Festividad de Pésaj de su vida, su estado mejoró ligeramente, y se dio la indicación de que solo los miembros de la familia podían participar del

Séder en su sagrada presencia.

Por su condición, el Rebe cedió la batuta del Séder de la primera noche de Pésaj. No obstante, haciendo un esfuerzo extraordinario a pesar de su debilidad y enfermedad, el Rebe Hakadosh dirigió el Séder de la segunda noche según la *Halajá*.

Cuando llegaron al Kadesh, todos estaban seguros de que el *tzadik* le daría a otro a cumplir la obligación del *Kidush*, ya que no podía comer nada y, con seguridad, tampoco beber vino. Sin embargo, para su sorpresa, el Rebe insistió con todas sus fuerzas en beber cada copa del *Kidush* hasta el final por sí mismo, y así con las cuatro copas.

Pero cuando llegaron a la *matzá*, la cuestión se volvió aún más crítica, pues, en la condición grave de su enfermedad, le resultaba sumamente difícil masticar la *matzá* y, con más razón, digerirla. Todos sus hijos le rogaron intensamente que no la comiera. Sin embargo, él dijo que, pase lo que pase, no podía renunciar en ninguna circunstancia al precepto de comer *matzá*, y que para él era un mayor peligro no comerla que comerla.

Cuando llegó el momento de comer la *matzá*, el *tzadik* llamó a todos sus nietos y bisnietos, desde los mayores hasta los pequeños, y les dijo: “¡Queridos hijos! Quiero enseñarles ahora el camino de la vida, cómo un judío debe preservar su judaísmo con fidelidad y cumplir la Torá y las *mitzvot* con total entrega”. Bendijo la *matzá* con un fuego ardiente, como era su costumbre, y la comió con una entrega suprema.

Cuando llegaron al *maror*, ya no había duda alguna de que sería absolutamente imposible que el *tzadik* lo comiera, ya que la costumbre era consumir *jazéret* picante (*jrein*) en calidad de *maror*, pues resultaba difícil incluso para personas sanas tragar la medida de *cazait* requerida.

Para asombro de todos, el *tzadik* pidió que le prepararan también un *cazait* de *maror*. Todos sus hijos y yernos estallaron en un grito angustioso: “¡Esto es peligro de vida!”. Pero el *tzadik* no quiso escuchar nada. Sufrió

enormemente por su deseo ardiente de cumplir la *mitzvá*, y afirmó que sería un mayor peligro para él no comer el *maror* que comerlo.

El *tzadik* llamó nuevamente a todos sus nietos y bisnietos, y les dijo: “¡Queridos hijos! Antes les enseñé cómo cumplir los preceptos de la Torá. Pero ahora quiero enseñarles que un judío debe entregar su vida también por los preceptos rabínicos, pues en esta época el *maror* es solo rabínico (*Pesajim* 120a), y dado que estamos ordenados en el *Shulján Aruj*, debemos cumplir todo con total entrega”. Habiendo dicho esto, tomó el *maror* y lo comió con una abnegación total, según la ley.

Y llegó la *mitzvá* de *Korej*. Aquí ya nadie tenía la menor duda de que el *tzadik* no podría comerlo, ya que debía comer tanto *matzá* como *maror*, y ni siquiera se trataba de una *mitzvá* de la Torá ni de los rabinos, sino solo de una costumbre en recuerdo del Templo.

Pero, para su mayor sorpresa, el *tzadik* ordenó con sus últimas fuerzas que le prepararan un *Korej* con dos *cazait*, uno de *matzá* y otro de *maror*, según la ley, en contra de la voluntad de sus hijos y yernos que le rogaban que no lo hiciera por su bienestar. Pero el *tzadik* no cedió de ninguna manera. “¿Cómo se puede renunciar al *Korej*? Para mí es aún más imposible no comerlo que comerlo...”.

Y por tercera vez, llamó a todos los nietos y bisnietos, y les dijo: “¡Queridos hijos! Si antes les enseñé la entrega por los preceptos de la Torá y los rabínicos, ahora quiero enseñarles cuánto debe un judío entregar su vida también por las sagradas costumbres de Israel”.

Cuando terminó, tomó el *Korej* con sus últimas fuerzas y lo comió con abnegación de una manera que no se puede imaginar.

Diez días después, el 25 de nisán, su alma ascendió a los cielos. Nadie pudo decir que su salud se vio afectada por lo que comió aquella noche. Todos reconocieron que su sagrado cuerpo trascendió las leyes de la naturaleza.

¡Que su mérito nos proteja a todos!
¡Amén!